

DINÁMICA POBLACIONAL EN MÉXICO: TENDENCIAS RECIENTES

BRÍGIDA GARCÍA
ORLANDINA DE OLIVEIRA

Introducción

La población de México ha sido objeto de importantes transformaciones en las últimas décadas. Su análisis debe ser enfocado desde diversas perspectivas. La adoptada en esta ponencia destaca la diversidad que caracteriza a la dinámica poblacional de los diversos sectores sociales en la sociedad mexicana y, más aun, en el comportamiento diferencial de los hombres y mujeres que los integran.

Se estima, en el más conservador de los casos, que la población del país alcanzaba los 77 millones en 1984 y que estaba conformada por 38.5 millones de hombres y 38.4 millones de mujeres (SPP-CONAPO-CELADE, 1983). México, como es conocido, se caracterizó desde los años cuarenta hasta mediados de los setenta por altas tasas de crecimiento de su población debido al descenso de la mortalidad y a la permanencia de niveles elevados de fecundidad. A partir de esa fecha, el ritmo de crecimiento de la población total comienza a descender debido a la baja de la fecundidad. Otro rasgo distintivo del país es su acelerado proceso de urbanización. Se estima que en los años setenta este proceso prosigue, aunque con un ritmo más lento que en décadas anteriores: según el censo de población, en 1980, 52% de la población mexicana vivía en localidades de 15 000 o más habitantes. Con estas tendencias como trasfondo, en el desarrollo del trabajo realizamos una breve caracterización de los diferentes componentes de la dinámica poblacional del país hasta principios de los años ochenta; enseguida se aborda el estudio del papel específico de hombres y mujeres de distintos sectores sociales en cada proceso desde diferentes ópticas. Destacamos en primer lugar los hallazgos sustantivos y tratamos de no olvidar los aspectos metodológicos en el estudio de esta problemática.

Acerca de la mortalidad

En lo que va del siglo, México ha logrado descensos impresionantes en su nivel de mortalidad. No obstante, el ritmo de ese descenso comenzó a desacelerarse desde los años sesenta y se estima que tendrán que pasar unos treinta años para alcanzar a los países más desarrollados en su esperanza de vida actual (Chackiel, 1984). Se calcula que en el presente, el mexicano vive en promedio unos 65 años; 68 las mujeres y 63 los hombres, aproximadamente (SPP-CONAPO-CELADE, 1983).

El promedio, como siempre ocurre, esconde diferencias asombrosas entre los sectores sociales de una sociedad como la mexicana. La esperanza de vida de los más privilegiados es 13 años mayor que la que impera entre los más depauperados (el proletariado agrícola) (Bronfman y Tuirán, 1984).¹ Éstas son evidencias muy dramáticas y han recibido con razón la atención principal de los investigadores sobre el tema. No obstante, existen también diferencias nada despreciables entre los hombres y mujeres de esos grupos sociales que merecen ser destacadas.

La menor mortalidad femenina y, como contraparte, su mayor esperanza de vida, es un hecho muy conocido. Asimismo, la diferencia entre los sexos tiende a ampliarse más que a cerrarse a medida que disminuye la mortalidad en México y en muchos otros países en el mundo (SPP-CONAPO-CELADE, 1983; Naciones Unidas, 1973). Dicha diferencia a veces se considera como dada, más que como objeto de investigación. Por supuesto que aquí las causas biológicas se interrelacionan de manera estrecha con las sociales y resulta muy difícil establecer el peso relativo de cada una.² Para el caso de algunos países desarrollados donde las estadísticas son mejores que en otras partes del mundo, se esgrimen algunos argumentos sobre el avance diferencial de la ciencia médica: las mujeres se han beneficiado más que los hombres del control de algunas causas de muerte degenerativas las afectan que directamente y, como es sabido, esas causas ganan peso relativo a medida que desciende la mortalidad. Por ejemplo, se han logrado mayores avances en el control del cáncer del pecho y del útero que en el de los pulmones y aparato digestivo, los cuales afectan más a la población masculina.³ También se sostiene en el caso de la población

¹ Cifras para el período 1965-1979.

² Donde parece estar más clara la situación a favor de las causas biológicas es en la sobremortalidad masculina del primer mes de vida, llamada mortalidad neonatal.

³ Para puntualizar, en el caso de México existe alguna evidencia de que las

adulto joven que los hombres están más expuestos al riesgo de accidentes en vehículos de motor y/o accidentes de trabajo (Naciones Unidas, 1973; Weller y Bouvier, 1981). En un trabajo reciente (véase García y Oliveira, 1985) exploramos la validez de estas distintas hipótesis para el caso de México, especialmente aquella referida a la sobremortalidad masculina causada por accidentes.

Los datos que analizamos no son enteramente confiables, pero se mostraron relevantes para cuestionar las generalizaciones existentes en el caso de México y para señalar una línea de investigación futura. Nuestra principal conclusión fue que es sólo parcialmente verdadero que los hombres jóvenes mexicanos mueran más a causa de problemas que se originan en la vida industrial y urbana. Los investigadores en el campo no han puesto suficiente atención en el otro aspecto de este fenómeno: la sobremortalidad masculina por homicidios y diferentes tipos de violencia.

Generalmente, los hombres son las víctimas de estos actos extremos y probablemente quienes los materializan en gran parte de los casos. Las mujeres participan en otras formas de violencia; por ejemplo, no hay que olvidar su papel en el maltrato del menor, que sin duda alguna requiere mayor investigación. Con respecto al caso masculino, la agresividad física es un componente básico del papel que se espera que desempeñen los hombres en muchos sectores de la sociedad mexicana. Lo importante es que también las mujeres comparten ese valor y en casos extremos llegan a demandarlo como componente esencial de la conducta masculina. Desde esta perspectiva ambos sexos son víctimas de una situación socialmente relacionada con pésimas condiciones de vida y exacerbada por muchos medios de comunicación de masas.

Acerca de la fecundidad

Está bien documentado en la literatura que la fecundidad en México presenta un descenso importante a partir de mediados de los años setenta; éste es el principal responsable de la reducción del ritmo de crecimiento de la población en el país. Una síntesis reciente de los estudios sobre los niveles y tendencias de la fecundidad y de sus variaciones por regiones y sectores socioeconómicos nos permite hacer

mujeres acuden más a los médicos e instituciones de salud. De esta suerte, las pólizas de seguro médico en las principales compañías de seguros valen aproximadamente el doble para mujeres que para hombres a partir de los 20 años.

una caracterización breve del comportamiento reproductivo de la población mexicana y sus cambios en los últimos años (véase Urbina Fuentes, *et al.*, 1984).

La reducción de la fecundidad se manifiesta a través de todas las medidas demográficas que generalmente se utilizan. La tasa global que refleja el número final de hijos que tendrían las mujeres si se conservara el patrón de fecundidad del momento era de 6.8 en 1970 y pasó a 4.4. en 1981. El cambio en la conducta reproductiva ha sido observado entre mujeres de diferentes edades pero con intensidades distintas al inicio y al final de los años setenta. Las mujeres de mayor edad (35 a 39 años) son las primeras en reducir su fecundidad y las más jóvenes lo hacen en un segundo momento, esto es, a partir de mediados del decenio.

Los diferenciales de fecundidad por grupos sociales empezaban a presentarse en la primera parte de la década de los setenta (véase Mier y Terán y Rabell, 1984). Si se analizan los cambios en el tiempo, las mujeres que más redujeron su fecundidad para el final de la década fueron las pertenecientes a sectores de campesinos acomodados y asalariados agrícolas que eran quienes presentaban descendencias más elevadas al inicio de los años setenta. También es notable lo ocurrido entre los sectores de la pequeña burguesía que no estaban entre los grupos de mayor fecundidad al inicio de la década pero experimentaron un cambio marcado (29.9 por ciento) al final de la misma (López y Tuirán, 1983).

Los ritmos distintos de reducción de la fecundidad entre grupos sociales, aunados a los niveles iniciales también diversos han contribuido a disminuir la distancia entre sectores sociales ubicados en los polos de la estratificación social. Sin embargo, los diferenciales entre grupos aún son más marcados, pues las mujeres pertenecientes a los sectores más favorecidos son las de fecundidad más baja, mientras que las de los sectores campesinos pobres tienen los niveles más elevados según cifras presentadas por López y Tuirán (1983) para el período 1977-1981.

En la explicación de los diferenciales de fecundidad por sectores sociales es fundamental incorporar el conjunto de pautas sociales, valores y representaciones sobre el significado de los hijos, además de los argumentos económicos. En este contexto de preocupaciones, queremos llamar la atención acerca de la importancia de la escolaridad de la mujer perteneciente a los sectores urbanos de clase media y alta como elemento crucial en la explicación de sus actitudes y prácticas reproductivas.

La menor fecundidad de los grupos privilegiados por su escolaridad y nivel socioeconómico no es un hecho novedoso, pues constituye el

patrón encontrado en otros países y tradicionalmente explicado dentro del marco de la teoría sociodemográfica. No obstante, en México se requiere mayor investigación sobre la manera en la cual la edad, la escolaridad y la participación de la mujer en la fuerza de trabajo y en otras esferas de la vida pública actúan sobre sus niveles de fecundidad en diferentes grupos sociales y contextos regionales. Las estimaciones hasta 1980 dejan claro que el descenso de la fecundidad nacional se debe a lo ocurrido en algunos estados con elevados niveles socioeconómicos y de urbanización como el Distrito Federal, el estado de México y otras entidades ubicadas en el norte del país; la mayoría de los estados de la República aún presentan una fecundidad alta y estable (CONAPO, 1982). Para ahondar en la comprensión de la red de determinaciones que explican el descenso de la fecundidad (cambios en la estructura socioeconómica, políticas públicas, transformaciones en las pautas de conducta de la pareja) habría que buscar las diferencias entre áreas rurales y urbanas, entre microregiones y entre sectores sociales. ¿La fecundidad de las mujeres pertenecientes a sectores de clase media y alta, sectores obreros y campesinos, presenta el mismo patrón de variaciones cuando se comparan áreas con distintos rasgos socioeconómicos?

Otro resultado de interés que se reporta en los análisis recientes se refiere a la importancia de las prácticas de control natal y su incidencia en la explicación del descenso ocurrido en el país. La aceptación de métodos anticonceptivos se ha incrementado en forma notable a partir de mediados de los años setenta: el porcentaje de mujeres unidas que los usan pasó de 30.2 en 1976 a 44.7 en 1982 (Tuirán, Bronfman y López, 1984). Los incrementos más fuertes se dieron en las áreas rurales donde la utilización de anticonceptivos era mínima al inicio de la década. No obstante, son aún las áreas urbanas las que concentran el mayor número de usuarias, además, son las mujeres con mayor escolaridad y las que pertenecen a los grupos sociales más favorecidos quienes presentan una mayor aceptación del control natal (Urbina Fuentes, *et al.*, 1984; Tuirán, Bronfman y López, 1984). El método más utilizado entre la mujer mexicana ha sido la pastilla pero la esterilización se ha hecho popular en los años recientes: en 1982 el porcentaje de mujeres esterilizadas fue casi igual al de usuarias de las pastillas. Este resultado llama la atención de los analistas del tema, sobre todo debido al elevado porcentaje de mujeres que utilizaron la esterilización como el primer método anticonceptivo (Tuirán, Bronfman y López, 1984).

El descenso en la fecundidad, los cambios en el uso de anticonceptivos y la persistencia de diferenciales entre sectores socioeconómicos y áreas geográficas del país abren una serie de interrogantes acerca de

los factores sociales, económicos, culturales y psicológicos que afectan los patrones reproductivos. Las diferencias observadas denotan las desigualdades sociales que existen en la sociedad mexicana, en el campo y en la ciudad, que permean desde las condiciones materiales de existencia hasta las propias alternativas abiertas a los individuos para reproducirse biológicamente.

Al destacar la influencia de las condiciones materiales de vida sobre el comportamiento reproductivo de las mujeres hay que evitar vinculaciones mecánicas entre la inserción en la estructura productiva y la fecundidad. Esta relación está mediada por las costumbres, valores y patrones de conducta compartidos por grupos de individuos que tienen experiencias de vida similares. Tampoco hay que suponer que a cada inserción laboral corresponden de manera unívoca elementos valorativos comunes que inciden sobre la conducta reproductiva de los individuos. Hombres y mujeres en cada sector social están expuestos a elementos valorativos predominantes en otros grupos sociales a través de la influencia de diferentes instituciones (Iglesia, escuela, entre otras) los medios de comunicación de masas y las interrelaciones personales. Múltiples aspectos contribuyen a configurar un mundo valorativo heterogéneo dentro de cada sector y entre familias de un mismo grupo social. De esta suerte, los valores y las costumbres que inciden sobre la conducta reproductiva no deben ser inferidos a partir de la inserción económica de los individuos sino ser objeto de análisis en sí mismos.

Para profundizar en el estudio de los cambios en la descendencia final, en el espaciamiento de los hijos y las prácticas anticonceptivas adoptadas, hacen falta también análisis que se centren no sólo en la mujer sino en la pareja y que tomen en cuenta la dinámica familiar —relaciones de poder y autoridad, división intrafamiliar del trabajo— como elementos que inciden en las prácticas sexuales y reproductivas de hombres y mujeres. Para ello es fundamental considerar como unidad de análisis tanto a las mujeres como a sus cónyuges y al grupo doméstico al cual ambos pertenecen. Es importante destacar estos aspectos porque, a diferencia del análisis de la mortalidad, la migración y la participación económica que veremos más adelante, el estudio de la fecundidad en México se refiere casi exclusivamente a la población femenina, la cual es utilizada como unidad de registro y análisis de la información.

Acerca de la migración

Las corrientes migratorias internas en México se intensificaron claramente desde los años cuarenta. A partir de la información de los censos, los análisis para el período 1969-1970 señalan que en la mayoría de las entidades federativas las tasas de inmigración y de emigración son mayores en el caso de las mujeres que en el de los hombres (Ordorica, *et al.*, 1976). Las diferencias regionales entre áreas de inmigración y emigración (femenina y masculina) también son pronunciadas (Oliveira, 1984). Entre las regiones de inmigración se ubican ciudades fronterizas, grandes áreas metropolitanas, zonas de agricultura comercial y áreas de desarrollo turístico que requieren por la naturaleza de su expansión económica fuertes volúmenes de población en edad activa.

Los fenómenos migratorios más estudiados hasta ahora en el país son los de las áreas metropolitanas (véase Bálán, Browning y Jelin, 1978; Winnie y Arroyo, 1979; Muñoz, Oliveira y Stern, 1981); sin embargo, faltan análisis que actualicen el conocimiento de sus características. A principios de los años ochenta también se han llevado a cabo estudios detallados de los desplazamientos poblacionales hacia regiones específicas de México, incluidas en ellas las petroleras (véase Allub y Michel, 1982). Por su importancia cuantitativa y cualitativa, resumimos a continuación algunos de los rasgos centrales de la migración hacia la ciudad de México desde la perspectiva en la cual se ubica el presente trabajo.

El predominio de la población femenina en los flujos migratorios que se dirigen a la capital del país es claro. Asimismo, al igual que en otras ciudades de América Latina, la migración femenina tiene lugar a una edad más temprana que la masculina sobre todo entre los 10 y 19 años (Goldani, 1977). Entre los factores pertinentes en la explicación de la migración femenina están: el incremento de las oportunidades de empleo para la mujer en diversas ramas de los servicios en ciudades como la de México; las repercusiones que tienen la concentración urbana-industrial y la penetración del capitalismo en áreas rurales sobre la división sexual del trabajo en los grupos domésticos campesinos, y los cambios en los patrones culturales y niveles educativos de la población rural, en especial la femenina.⁴

⁴ Como se verá más adelante, para el mismo caso de la Ciudad de México, hay que poner de relieve que las generalizaciones que atribuyen un carácter homogéneo a la participación de los migrantes en los mercados urbanos pueden ser engañosas. Al comparar ciudades con economías distintas en México, se ubicaron modalidades de incorporación de la mujer migrante entre las obreras de las ma-

Por lo que se refiere a la selectividad por edad en la migración hacia la ciudad de México, la tendencia general es de predominio de adolescentes y adultos jóvenes entre la población migrante en comparación con los nativos (Goldani, 1977). Las implicaciones que puede tener la selectividad por edad de los flujos migratorios son varios: la ampliación de los grupos en edades jóvenes y adultos jóvenes aumenta la presión sobre necesidades básicas como vivienda —al incrementarse la tasa de formación de nuevas familias— y otros servicios como educación media y superior y salud; asimismo, la afluencia de jóvenes, por lo general nuevos buscadores de trabajo, ha incrementado la oferta de mano de obra en la ciudad; dichos jóvenes, por sus condiciones físicas e intelectuales, constituyen recursos humanos fundamentales para el desarrollo de la misma y dado que cuentan con poca calificación, casi siempre están dispuestos a trabajar por escasos salarios. Lo anterior representa una ventaja adicional para la economía de la ciudad, que casi siempre ha realizado una inversión mínima en la reproducción de la fuerza de trabajo del migrante recién llegado.

Estudios previos que comparan las características ocupacionales de la población activa migrante y nativa de la ciudad de México en 1970 muestran la presencia de migrantes a lo largo de toda la estructura ocupacional y sectorial, principalmente en el caso de la población masculina. Esto refleja la heterogeneidad de los flujos de migrantes que a lo largo del tiempo han llegado a la ciudad de México y el dinamismo de la economía capitalina durante el período de instalación y consolidación del proceso de industrialización.

Los estudios disponibles indican que la economía capitalina ha atraído y absorbido en su mercado de trabajo a la mano de obra requerida para su desarrollo industrial, administrativo y cultural: trabajadores no calificados para puestos manuales y mano de obra con alta escolaridad para actividades no manuales en los servicios e industrias. Veamos cifras al respecto y algunas diferencias entre la migración masculina y femenina para la ciudad de México.

a) La migración masculina, aunada al crecimiento de la población nativa, permitió que se consolidara un importante sector de obreros

quiladoras en Ciudad Juárez y las trabajadoras no manuales en Villahermosa, Tabasco (Oliveira, 1984). Entre los factores que explican este patrón diferencial están: la complejidad en la economía urbana receptora y su vinculación con políticas de desarrollo regional específicas; el ritmo de creación de empleos que dan preferencia a la mano de obra femenina; las prácticas de contratación del sector privado en especial de las empresas con fuerte inversión externa; la dinámica de la población en las ciudades receptoras; los rasgos de los flujos migratorios femeninos, y las pautas culturales de valorización de un tipo de trabajo como el femenino (Oliveira, 1984).

industriales en la ciudad. La población activa masculina migrante y no migrante se ubica en 1970 en proporciones muy similares en las actividades manuales de la industria; sin embargo, la mujer activa migrante está menos representada como obrera industrial que la no migrante (García, Muñoz y Oliveira, 1979).

b) La participación de los migrantes en las actividades manuales de los servicios también es importante, pero en el caso de los hombres no se puede hablar de una ubicación “excesiva de los migrantes en este tipo de actividades”: migrantes y nativos masculinos se ubican en 1970 en alrededor de un treinta por ciento en actividades manuales de los servicios; en cambio, cuando examinamos los flujos migratorios femeninos es notorio que las mujeres migrantes tienen una participación relativa más acentuada que las no migrantes en ocupaciones no calificadas de los servicios (principalmente servicios domésticos, vendedores ambulantes, etcétera). En 1970, en la ciudad de México, más del 50 por ciento de las migrantes activas eran trabajadoras manuales de los servicios en comparación con 20 por ciento de las nativas (García, Muñoz y Oliveira, 1979).

c) La presencia de la población migrante en los puestos no manuales no es despreciable. Se trata de trabajadores del resto de la República con altos niveles de escolaridad, o que vienen a estudiar en la gran ciudad y permanecen aquí en virtud de las atractivas ofertas de trabajo que reciben. También en este caso la diferenciación que existe entre el flujo masculino y el femenino es revelador: en 1970, migrantes y no migrantes activos del sexo masculino ocupan en cerca del 30 por ciento ocupaciones no manuales, sin embargo, las mujeres migrantes activas están menos representadas que las nativas en las ocupaciones no manuales (García, Muñoz y Oliveira, 1979).

d) Por último, una parte de los trabajadores migrantes y nativos, aunque en menor proporción que los grupos anteriores, fluctúan entre el desempleo y ocupaciones marginales manteniendo una sobreoferta de mano de obra disponible para las actividades en expansión, sean industriales, comerciales o de servicios. Un análisis sobre ocupaciones marginales en la ciudad de México (definidas como aquellas que pagan menos del salario mínimo legal) indica que los migrantes ocupan en mayores proporciones que los nativos este tipo de ocupaciones, aunque la diferencia disminuye con la permanencia de los migrantes en la ciudad (datos para 1970: Muñoz, Oliveira y Stern, 1979). En este estudio se vio que la vinculación entre ser migrante y ocupar posiciones “marginales” depende de múltiples factores: el sexo, edad y nivel educacional del migrante; de los contactos que tenga; de su tiempo de permanencia en la ciudad, y de los cambios en las características del mercado de trabajo capitalino. Hasta principios de los años

setenta la marginalidad y la pobreza podían ser un fenómeno pasajero para el migrante reciente porque éste mejoraba su nivel de vida a lo largo de su vida activa; sin embargo, la pobreza y la marginalidad se mantenían en el nivel estructural como resultado de la constante realimentación del mercado de trabajo por nuevos migrantes (Muñoz, Oliveira y Stern, 1977). Habrá que explorar la validez actual de este planteamiento ante las condiciones críticas que hoy enfrenta la economía capitalina y nacional.

El trabajo de la mujer: actividades domésticas y remuneradas

Como es ampliamente conocido, la población económicamente activa (PEA) definida de manera tradicional está formada principalmente por hombres.⁵ Sin embargo, en las últimas décadas, el incremento del trabajo femenino (urbano principalmente) fuera del hogar constituye una de las transformaciones principales de la fuerza de trabajo del país. En lo que se refiere a los diferenciales rural-urbanos, México siguió hasta finales de la década pasada un patrón de bajos niveles de participación femenina en el campo y relativamente altos y crecientes en las ciudades, al igual que otros países de América Latina (Katzman, 1984).⁶ Según cifras de 1979, las mujeres representaban 32% de la población ocupada en las áreas metropolitanas, 27 en las localidades de más de 100 mil habitantes y 24 en el total del país (Rendón, 1982).

Con respecto a la inserción en la estructura económica, se conoce que el trabajo femenino tiene características distintas del masculino. Las mujeres participan en forma mayoritaria en el sector terciario de la economía (finanzas, comercio, distintos tipos de servicios, administración pública) y los hombres lo hacen mayormente en la agricultura y en el sector secundario (formado principalmente por la industria

⁵ Las estadísticas referidas a la PEA no captan la principal contribución de las mujeres al mundo del trabajo, que es sin duda alguna su trabajo doméstico. Desde la década pasada los cuestionamientos a las prácticas censales de captación del trabajo femenino han sido múltiples; sin embargo, todavía tropieza con muchos obstáculos la incorporación del trabajo doméstico en las estadísticas de la población activa.

⁶ Según las cifras del Censo de Población de 1980, este patrón no se mantiene muy nítido para esa fecha censal. Sin embargo, la inversión mencionada tiene su origen en una importante medida en un cambio de definición censal que favoreció la entrada a la clasificación de la PEA de trabajadoras familiares no remuneradas en la agricultura (véase García, 1984 y la argumentación en las páginas que siguen).

de transformación). Las ocupaciones que desempeña la población femenina en gran parte de los casos son prolongaciones de las funciones maternas y domésticas; por ejemplo, maestras, secretarias, enfermeras, empleadas domésticas.

Las cifras del Censo de Población de 1980 confirman que las mujeres representan el 41% de los técnicos y personal especializado, el 57 de los maestros y ocupaciones afines, el 44 de los oficinistas, el 43 de los empleados en servicios y el 89 de los trabajadores domésticos. Es frecuente también que las mujeres trabajadoras se concentren en los sectores económicos caracterizados por malas retribuciones y condiciones inestables de trabajo.

Acerca de las variaciones en el tiempo, las tasas de participación femenina (proporción de activas en la población de 12 años y más en un momento determinado) experimentan un fuerte incremento en la última década que es bastante superior a los registrados en decenios anteriores; de 1950 a 1970 el ascenso fue lento (de 13.1 a 17.6%) mientras que de 1970 a 1980 fue de 57.4, al pasar la tasa de actividad femenina de 17.6 a 27.7. El incremento de las tasas femeninas en los años setenta llama más la atención cuando se compara con el aumento de 7.1% registrado en las tasas masculinas.

Antes de buscar determinaciones en el ámbito socioeconómico para las tendencias mencionadas, hay que considerar los incrementos debidos a modificaciones en la forma de captación del trabajo femenino. Como señala García (1984), las cifras de participación femenina de 1980 están abultadas en parte por un cambio en las definiciones censales que incluyeron en esa fecha como activos a los trabajadores familiares no remunerados de manera independiente del número de horas trabajadas.

Este cambio de definición dificulta los análisis comparativos con décadas anteriores porque no sabemos qué proporción del incremento registrado responde a cambios reales de la participación femenina extradoméstica en diferentes tipos de actividades, cuánto se debe al incremento de los trabajadores familiares y qué porcentaje resulta de una mejor captación de trabajadores familiares que ya existían en décadas anteriores. Los problemas de captación del trabajo femenino son más marcados en las áreas rurales; en una comparación de las cifras censales con cifras provenientes de encuestas se detecta para una región de México que el abultamiento de las tasas femeninas ha sido más acentuado en las áreas rurales que en las urbanas (García, 1984).

Pese a la pérdida de comparabilidad, las cifras para 1980 tienen interés en sí mismas porque permiten captar un tipo de trabajo femenino que por lo general es omitido en las cifras censales; se trata de "actividades donde las fronteras entre lo económico y lo no económico

no están social y culturalmente bien definidas. Generalmente, dichas actividades se desempeñan en combinación con tareas domésticas” (García, 1984: 22).

Hacen falta estudios para diferentes regiones que además incorporen la dimensión rural-urbana, a fin de contar con más elementos explicativos de los niveles y tendencias de la participación femenina en años recientes. En el caso del sureste, García (1984) señala que los más elevados incrementos porcentuales registrados en las áreas rurales denotan la importancia del trabajo femenino en las unidades familiares de producción en el campo y la diversificación de las alternativas ocupacionales.

En lo que se refiere a las áreas urbanas, los incrementos en la participación femenina son más esperables y se asocian con la ampliación de las oportunidades de trabajo para la mujer que resultan de los procesos de urbanización, industrialización y terciarización. Para el período 1970-1979, Rendón (1982) considera que la mayor incorporación femenina al trabajo remunerado se vio favorecida por la ampliación del empleo en el comercio, en los servicios y en las empresas maquiladoras donde la proporción del personal femenino es alta. Además, la autora puntualiza que el proceso inflacionario y la ampliación del mercado de bienes y servicios en los años setenta puede haber llevado a las familias a la búsqueda de un incremento en sus ingresos mediante la incorporación de muchas amas de casa al mercado de trabajo.

Al vincular participación en el mercado con la división intrafamiliar del trabajo y al incorporar dicha participación como parte de los mecanismos a los cuales recurren las familias para mantener el nivel de vida en situaciones de fuerte deterioro salarial, surge más de una explicación del incremento de las tasas de participación femenina. Además de la expansión general de la economía, o de la elevación en los niveles de urbanización y de escolaridad, el incremento de la participación femenina puede ligarse a la falta de empleo para la población masculina, o al deterioro del salario real del jefe de la familia.

A partir de las consideraciones anteriores debemos recalcar la utilidad de incorporar al grupo doméstico en el estudio de la fuerza de trabajo y de la dinámica poblacional en general. Éste constituye un ámbito de interrelaciones entre individuos que se diferencian por edad, sexo y ubicación en la estructura de parentesco, los cuales establecen entre sí relaciones de poder y autoridad y comparten en forma diferencial valores y pautas de conducta. Sin embargo, desde el punto de vista metodológico no debemos reificar esta unidad de análisis. Muchas veces los individuos, hombres y mujeres, entran en conflicto con los patrones establecidos en el interior de su grupo doméstico; el tiempo y los intereses individuales pueden prevalecer sobre los del conjun-

to y modificar también de esa manera los fenómenos que se estudian.

Consideraciones finales

En términos convencionales, la población que habita un espacio social determinado se reproduce mediante crecimiento natural (fecundidad-mortalidad) y/o social (inmigración-emigración). Al detenernos en el primer proceso pudimos ver que en México la fecundidad presenta a partir de mediados de los años setenta un descenso importante. Asimismo, destacamos que los diferenciales entre grupos sociales aún son marcados. En lo que se refiere a la captación de los datos para el análisis de la fecundidad señalamos que la población femenina es, por lo general, la unidad de análisis y registro de la información. Este proceder tiene límites muy obvios si lo que se quiere es explicar la conducta reproductiva de la población. Consideramos que es necesario que los análisis de fecundidad incorporen a la población masculina a fin de conocer con mayor profundidad los límites que enfrenta la toma de decisión libre e informada sobre el control natal por parte de la pareja, y en términos globales el descenso de la fecundidad en el país.

¿Cómo afectan las condiciones de vida de hombres y mujeres sus niveles de mortalidad? En países como México, donde la distribución del ingreso es recesiva y las distancias sociales son fuertes, las diferencias en los niveles de mortalidad entre grupos sociales son también marcadas. Lo anterior ocurre a pesar de la tendencia a la baja de los niveles globales de esta variable. También destacamos los diferenciales de mortalidad por sexo a favor de la población femenina. En sociedades como la mexicana, donde la función del hombre es preponderante, constituye un reto importante explicar la sobremortalidad masculina. Muchos estudiosos del tema no argumentan más allá del reconocimiento del sexo femenino como el “fuerte”, biológicamente hablando. Tampoco falta quien sostenga que el diferencial se debe a que la mujer permanece recluida en la esfera doméstica y de esa manera está protegida de accidentes de trabajo y de las tensiones de la vida moderna. Las cifras que analizamos en este sentido no son muy alentadoras. Además de la sobremortalidad masculina en los primeros meses de vida —donde parecen ser determinantes los factores biológicos— la que ocurre en las edades adultas jóvenes se debe en gran parte a diversos tipos de violencia. En este contexto los accidentes de trabajo no son los únicos representados. La muerte de hombres por homicidios es

algo que no ha sido debidamente incorporado en los esquemas de análisis de la mortalidad en el país. Quisimos puntualizar que el fenómeno mencionado trasciende a la población masculina pues muchas mujeres también comparten el estereotipo social de la agresividad física masculina. Éste es, sin duda alguna, un aspecto que merece mucho mayor investigación.

Acerca de la migración, destacamos que este proceso presenta diferencias importantes entre regiones y que los flujos masculinos y femeninos son distintos en términos de volumen, edad de la migración, áreas de destino y en cuanto a la inserción en el mercado de trabajo. Dimos un énfasis especial a las diferencias ocupacionales entre migrantes y nativos de ambos sexos en la ciudad de México debido a la importancia de este centro urbano como receptor de flujos migratorios que provienen de todo el país.⁷ La economía capitalina ha atraído y absorbido en su mercado de trabajo a la mano de obra requerida para su desarrollo socioeconómico, político y cultural.

A partir de los resultados presentados queda claro que no es posible suponer, en el caso de la población masculina, que la migración hacia la ciudad de México se asocia exclusivamente con el incremento de los niveles de marginalidad y pobreza, y que los migrantes contribuyan sobre todo a la ampliación "excesiva" del sector terciario. Más bien, los migrantes del sexo masculino se ubican a lo largo de toda la estructura ocupacional y sectorial. Además, vimos que los niveles de pobreza no son privativos de los migrantes y que los nativos, aunque en proporciones menores, también desempeñan ocupaciones marginales en la capital del país.

Cuando consideramos a la población femenina, la relación entre ser migrante y ser trabajadora no calificada de los servicios se hace más notoria. Lo anterior se debe, en gran parte, al peso de las migrantes rurales jóvenes en los flujos que llegan a la ciudad de México.

En el análisis de la población económicamente activa destacamos el trabajo femenino debido a su importancia creciente en la economía nacional, tanto en las áreas rurales como urbanas. A pesar de los problemas metodológicos señalados (sobreevaluación del total de la población activa y sobre todo de la femenina en el censo de población de 1980) creemos que hubo un aumento real de la participación de las mujeres en las actividades de mercado en la última década.

También destacamos la importancia del trabajo femenino en las labores domésticas y la utilidad de incorporar al grupo doméstico en el estudio del trabajo masculino y femenino.

Vimos que la división sexual del trabajo y su vinculación con la

⁷ Las tendencias presentadas se refieren a 1970; señalamos en su momento la necesidad de actualizarlas.

división social del mismo están en la base de la explicación de la participación diferencial de hombres y mujeres en el mercado de trabajo. Ambos comparten su vida cotidiana en unidades domésticas; el hombre es quien usualmente trae los ingresos monetarios al hogar mientras las mujeres —en especial las esposas— madres son las responsables del trabajo doméstico y de actividades de producción para el autoconsumo, los cuales son fundamentales para la manutención cotidiana de los individuos. Por lo anterior, cuando las mujeres participan en actividades extradomésticas están condicionadas por el papel que ellas desempeñan en la división intra familiar del trabajo.

Las reflexiones anteriores dejan claro que la participación económica en particular y la dinámica poblacional en general no pueden desvincularse de las esferas de la reproducción cotidiana de los individuos y de la producción de bienes y servicios. Por supuesto que hombres y mujeres de distintos sectores sociales tienen una participación diferencial en estos procesos y por ende en la dinámica demográfica como hemos querido ilustrar a lo largo de esta ponencia. Es necesario profundizar en estos aspectos para entender cabalmente las tendencias registradas en el nivel agregado sobre las transformaciones poblacionales en el México actual.

Bibliografía

- Allub, Leopoldo y Marco A. Michel: (1982), *Impactos regionales de la industria petrolera en México*, México, Centro de Investigación para la Integración Social.
- Arizpe, Lourdes: (1978), “Mujeres migrantes y economía campesina: análisis de una cohorte migratoria a la ciudad de México, 1940-1970”, en *América Indígena*, vol. XXXVIII, núm. 2, abril-junio.
- Balán, Jorge, Harley Browning y Elizabeth Jelin: (1978), *El hombre en una sociedad en desarrollo, movilidad geográfica y social en Monterrey*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bronfman, Mario y Tuirán, Rodolfo: (1984), “La desigualdad social ante la muerte: clases sociales y mortalidad en la niñez”, en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, México, UNAM-El Colegio de México-PISPAL.

- Cabrera, Gustavo: (1970), "Selectividad por edad y por sexo de los migrantes en México, 1930-1960", en *Demografía y Economía*, vol. IV, núm. 3, México, El Colegio de México.
- Consejo Nacional de Población (CONAPO): (1982), *México demográfico, Breviario 1980-1981*, México.
- Chakiel, Juan: (1984), "La mortalidad en América Latina: niveles, tendencias y determinantes", en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, México, UNAM-El Colegio de México-PISPAL.
- Espinoza, Guadalupe: (1978), "El contexto de la migración rural en México", en *Investigación Demográfica en México*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- García, Brígida: (1984), "Dinámica ocupacional rural y urbana en el sureste de México: 1970-1980", en *Demografía y Economía*, vol. XVIII, núm. 3, en prensa.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira: (1985), *Sex Differentials in Mexican Mortality*, ponencia presentada en la conferencia de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población, Florencia.
- Goldani, Ana María: (1977), "Impacto de los inmigrantes sobre la estructura y el crecimiento del área metropolitana", en Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (comp.), *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, El Colegio de México.
- Katzman, Rubén: (1984), "Dinámica de la población activa en América Latina: 1950-1980", en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, México, UNAM-PISPAL-El Colegio de México.
- López, Elsa y Tuirán, Rodolfo: (1984), *La fecundidad y los grupos sociales en México: nuevos datos, nuevas hipótesis*, ponencia presentada en el Congreso Mundial de Sociología, México.
- Mier y Terán, Martha y Cecilia Rabell: (1984), "Fecundidad y grupos sociales en México (1971-1977)", en *Los factores del cambio demográfico en México*, México, IISUNAM, Siglo XXI.
- Muñoz, Humberto, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern: (1981), *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio de México.
- Naciones Unidas: (1973), *Determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas*, Nueva York.
- Oliveira, Orlandina de: (1984), "Migración femenina, organización familiar y mercados laborales en México", en *Comercio Exterior*, vol. 34, núm. 7, México.

- Ordorica, Manuel, *et al.*: (1976), *Migración interna en México, 1960-1970. Evaluación y análisis*, Serie III, núm. 5, México, Secretaría de Industria y Comercio.
- Rendón, Teresa: (1982), “El empleo en México: Tendencias recientes”, en *Investigación Económica*, núm. 161, México, Facultad de Economía, UNAM.
- Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP), Consejo Nacional de Población (CONAPO) y Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE): (1983), *México. Estimaciones y proyecciones de población 1950-2000*, México.
- Tuirán, Bronfman y López: (1984), *Prácticas anticonceptivas y clases sociales en México: la experiencia reciente*, ponencia presentada en el Seminario “La fecundidad en México: cambios y perspectivas”, México, El Colegio de México.
- Urbina Fuentes, Manuel, Yolanda Palma Cabrera, Juan Figueroa Pe-
rea y Patricia Castro Morales: (1984), “Fecundidad, anticoncep-
ción y planificación familiar en México”, en *Comercio Exterior*,
vol. 34, núm. 7, México.
- Weller y Bouvier: (1981), *Population. Demography and Policy*, Nueva
York, St. Martin's Press.
- Winnie, W. y J. Arroyo: (1979), *La migración interna en el estado de
Jalisco y la zona metropolitana de Guadalajara*, Guadalajara, Uni-
versidad de Guadalajara, CISE, Serie de Resultados de Investigación.